

Ignacio Ferrando
LA QUIETUD

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

IGNACIO FERRANDO
LA QUIETUD

TUSQUETS
EDITORES

1.ª edición: marzo de 2017

© Ignacio Ferrando, 2017

Diseño de la colección: Guillemot-Navares
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
www.tusquetseditores.com
ISBN: 84-8310-9066-391-2
Depósito legal: B. 1.824-2017
Fotocomposición: Moelmo, S.C.P.
Impresión: CPI
Impreso en España

Queda rigurosamente prohibida cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación total o parcial de esta obra sin el permiso escrito de los titulares de los derechos de explotación.

Índice

Ann	11
Julia	117
Vera	229
Cristha	357
Epílogo	389
Nota del autor	393

Hay algo casi delictivo en el hecho de estar aquí, abrazados, escuchando la quietud de la madrugada, el borboteo de la cafetera, el taconeo de la vecina del 3.º C, incluso el maullido de esa camada que, desde hace días, vive en la carbonera del sótano. Miro a Ann. Sé que finge dormir. Me abraza de lado y siento su pecho blando y el tacto áspero de la costra de semen que ha quedado en la cara interior de su muslo. La portera discute con el primer repartidor del día, hoy especialmente beligerante. Acaricio la parte de Ann que sobresale a las sábanas y vuelvo a tener la sensación de que la nuestra es una felicidad insostenible, algo que nunca debería haber sucedido pero que solo un imbécil rehusaría vivir. Nos llevamos dieciséis años, y en dieciséis años ocurren demasiadas cosas. No solo es una cuestión cuantitativa, es un exceso de sentido común que termina por degradarlo todo y restarle intensidad. Las lamas de la persiana se proyectan sobre la piel de Ann cubriéndola de pequeñas hormigas de luz blanca que desfilan por el arco de su muslo hasta la axila.

Justo entonces suena el teléfono.

Dos, tres veces.

Algo se quiebra.

Los gorriones sobrevuelan la azotea excitados por la cánicula.

Pienso: no debería coger ese teléfono.

Pienso: si coges ese teléfono eres un cretino.

Y aun así sé que voy a hacerlo.

Que soy de ese tipo de hombres.

«Podría ser mi padre», le digo, «venga, déjame contestar.» Ella se revuelve en sueños y trato de levantar su brazo, de arrancarlo de mí más bien. Es como si sus músculos se hubieran convertido en gruesas raíces de cáñamo. Desde hace seis meses, mi padre está ingresado en una residencia cerca de Guadalajara. «¿Quién iba a llamar si no?», le digo en voz baja. Ann murmura algo contra la almohada y repentinamente afloja la presión. Retiro la sábana y, al instante, el calor de nuestros cuerpos se disipa. El cuarto huele a ella, a mí, a eso que venimos siendo ambos estas últimas semanas. Tengo la lengua estropajosa y vuelvo a arrepentirme del último *ginfizz* de la noche anterior, aunque sé que es un arrepentimiento poco fiable, que durará solo unas pocas horas.

Al incorporarme, Ann se desploma como una muñeca de trapo. Sus piernas, largas y casi como trazadas a tiralíneas, quedan perfectamente definidas bajo el drapeado de las sábanas. Pienso que nadie existe con ese nivel de simbolismo, no hay una estría, nada reprochable en Ann. Se sabe al margen del tiempo y desmentida por él. Cuando escucha mis pasos se vuelve hacia la pared y levanta el brazo exhibiendo la axila.

—Vete ya —la oigo decir—. Van a colgar.

En realidad, ya han colgado, pero a los pocos segundos el teléfono vuelve a sonar en el salón. No tenemos contestador, así que me apresuro a cogerlo. La nuestra es una casa antigua, de 1929, y como todas las casas construidas en esa época tiene un pasillo largo e inservible al final del cual está la que era la habitación del servicio. Julia y yo

nos planteamos infinidad de veces reformarla, sacar un cuarto para el crío que planeábamos tener. Y en mitad de ese aplazamiento, podría decirse, irrumpió Ann. Nosotros nos separamos, pero Julia decidió que podía quedarme en la casa mientras encontrábamos un comprador. De eso hace seis meses, y desde entonces varios de los halógenos del pasillo se han fundido y mi presencia en la casa es meramente testimonial. A veces viene alguien de la inmobiliaria. Una pareja, un oficinista, alguien con críos que dice interesarse por el piso. Hacen algunas preguntas sobre la caldera, sobre la última ITE, incluso sobre el vecindario, pero lo que quieren saber, lo que no se atreven a preguntar, es por qué Julia y yo vendemos una casa como esta, tan céntrica, con los techos altos y las molduras y esa magnífica luz al mediodía; qué ha pasado, quieren saber, qué ha sucedido. Saben que vivir en una casa apestada por la infelicidad les acabará contagiando y por eso, aunque se marchan aparentemente satisfechos, ya nunca volvemos a saber de ellos. Mientras voy por el pasillo, reparo en que aún tengo puesto el preservativo. Aprovecho para quitármelo y hacer un pequeño nudo cerca del anillo. Con la vista busco una estantería, una maceta, una papelera o algo que me sirva para depositarlo y deshacerme de él. Ann no toma anticonceptivos. Dice que podría quedarse estéril, engordar como le pasó a su amiga Rose, desarrollar un carcinoma de útero. Eso le preocupa. Lee demasiado sobre cáncer. Su madre murió de leucemia hace apenas un año y casi parece lógico ese terror a que una de sus millones de células se desmadre y tome las riendas de su vida.

Cuando llego al salón, el teléfono hace rato que ha dejado de sonar. Quienquiera que esté llamando, vuelve a insistir. Al descolgar escucho una especie de rumor distante, como un oleaje engrumecido al otro lado. No podría jurar-

lo, pero parece una playa o una carretera litoral, e inmediatamente sé que no se trata de la directora de la residencia, ni de Cannavaro, mi socio, ni siquiera de una de esas intempestivas llamadas del banco, sé que es ella, que solo puede ser Julia.

—¿Qué quieres? —le pregunto.

Mi voz suena hueca, más arisca de lo que pretendía. Cuando por fin responde, lo hace con voz ligeramente nasalizada.

—¿Estás despierto? —me pregunta.

—Pareces acatarrada.

—Son las gramíneas. Ya sabes.

Después de seis meses de un silencio manifiesto —por su parte—, resulta desconcertante que se muestre así de conciliadora.

—No quería molestarte.

—No te preocupes, no me gusta dormir, sobre todo en verano.

—No podía esperar para decírtelo.

Tardo en asimilar que Julia me hable otra vez como si fuéramos personas maduras, capaces de dirimir el conflicto de lo nuestro como adultos razonables, etcétera, etcétera.

—No podía esperar —repite.

—¿Para qué?

—Para llamarte.

Tengo el auricular entre el oído y el hombro y trato de ponerme el pantalón haciendo equilibrios. La balconera está abierta y cualquiera, a esas horas, podría verme por la ventana. En la mano sigo teniendo la masa blandengue, ahora templada, del preservativo. Julia y yo no podíamos tener hijos. Entre nosotros, era ridículo usar métodos anticonceptivos. Nos hicimos las pruebas hace dos años. Los resultados no fueron concluyentes, pero sí descartaron cualquier tipo

de fecundación convencional. Nunca se lo he dicho a Ann. No solo por su reacción cuando sepa que no puedo darle críos, sino, sobre todo, por la humillación de sentirme incompleto ante ella. Tiene a su alcance a todos los hombres del mundo —una legión de mequetrefes locos por idolatrarla—, ¿por qué iba a conformarse con un cuarentón cargado de inseguridades, con alguien que va cuesta abajo y que vive su segunda oportunidad con ella porque no supo aprovechar la primera? A veces siento que se la estoy arrebatando a otro, que la estoy privando de algo que debería experimentar por primera vez. Nunca se vuelve a amar con la misma intensidad. Las segundas oportunidades solo forman parte de un proceso de reconstrucción. Estoy seguro de que, si se lo hubiera dicho, Ann se hubiera mostrado indulgente, desenfadada, habría dicho que solo tiene veintiséis años y que a los veintiséis años nadie piensa en críos, y menos ahora, con los estudios y el doctorado de por medio. Diría que era comprensible, que yo no tenía la culpa, que solo era una víctima de algún tipo de azar biológico, de la mala suerte o de lo que fuera. Incluso podía verla arrogándose ese conformismo tan poco creíble, tan generoso, tan suyo, convirtiéndose en mártir y sacrificándose solemnemente por nosotros, por lo nuestro. Pero estoy convencido de que, a medio plazo, incluso antes, Ann me lo echaría en cara. Se daría cuenta. Afloraría la imagen de esos matrimonios sin hijos, casi siempre aburridos, la sensación agridulce cuando vinieran a casa los hijos de los otros, los sobrinos. Entonces me reprocharía la facilidad con que nos habíamos rendido. Todas las parejas sucumben a lo que nunca fueron, a ese punto de inflexión a partir del cual se nutren más de eso que del presente o de la posibilidad de lo que podrían llegar a ser.

—Necesito hablar de algo —dice Julia—. Es algo importante.

—Tú dirás.

—No, por teléfono no.

—¿Es algo grave? ¿Tu madre?

La última vez que vi a Pilar estaba casi ciega, se cansaba mucho y se pasaba el día en el salón, entontecida frente al televisor con las piernas hinchadas en alto. Si iba al baño o se levantaba para cenar, arrastraba tras de sí una gran bolsa de basura negra llena de docenas de cajas de medicamentos.

—Murió hace dos meses.

—¿Quién?

—¿Quién va a ser? Mi madre.

—No sabes cuánto lo siento. ¿Por qué no me llamaste?

—¿Quizá porque no la soportabas?

—No seas irónica.

—No te he llamado para hablar de ella.

—¿Te han despedido?

—Déjalo ya —y luego, recuperando la calma—. No..., mira, no necesito nada. Bueno, sí, más bien sí necesito algo. Algo importante.

—Tú dirás.

—Solo quiero que me ayudes.

—Cuenta con ello.

—Me lo debes.

—¿Te lo debo?

—Es algo gordo, algo que quizá no entiendas.

—No te debo nada.

—Echaste a perder lo nuestro, ¿recuerdas? Tú y esa cría.

—Ann no es ninguna cría. Y además esa versión es, cuando menos, discutible.

Pero ambos sabemos que los reproches son el preámbulo de eso a lo que ninguno de los dos quiere llegar. Julia solo exterioriza lo que siempre ha pensado. Una de las co-

sas que más odio de ella es su habilidad para llevar siempre razón. Julia va a los hechos y nunca a los motivos, es objetiva y por tanto irrefutable. Para ella solo soy un mequetrefe que se ha aprovechado de su puesto en la universidad para acostarse con una de sus estudiantes. Eso son los hechos y los hechos, para ella —como para casi todo el mundo—, son incontestables. Pero yo tengo mi propia versión, mi parte de la verdad que ella nunca entendería.

—¿Me lo vas a decir o no?

—¿Tienes tiempo para tomar un café?

—¿Contigo? ¿Me estás proponiendo una cita?

—Mira, no bromeo.

Ann acaba de levantarse y va hacia la cocina. Sus pies producen un sonido palmeado en el pasillo. La oigo trastear en el armario del café, abrir el grifo y colocar los platos de la comida en el fregadero. Sospecho que está escuchando, que quiere saber qué pasa, quién llama, por qué llevo casi cinco minutos enganchado al teléfono. Es joven, joven y hermosa, y quizá por eso su talante es terriblemente suspicaz.

—¿No estás en la playa?

—¿Quién te ha dicho que estoy en la playa?

—Oigo las olas de fondo.

—Aquí no hay mar.

Me pregunto qué motivos tendría para mentirme sobre algo así.

—¿Te viene bien mañana por la tarde? ¿En el Central?

—¿El Central...? Ann y yo tenemos entradas para el auditorio... —miento.

—No te preocupes —dice—. Lo dejamos para otro día.

Ni siquiera hay una nota de decepción en su voz. ¿No va a insistir? Julia sabe, y yo sé, que esta pequeña comedia forma parte de una resistencia inevitable, del desagravio de estos meses atrás.

—¿Quién es? —pregunta Ann desde la cocina.

Está apoyada en el marco de la puerta. Se ha puesto una camiseta de algodón rosa de los Sex Pistols y, al beber del cartón de leche, el borde de la prenda asciende y asoma parte del vello púbico. Cuando deja de beber, un bigotillo blanco cubre su labio superior.

—Entre Schönberg y tú —le digo a Julia bajando la voz— la elección está clara.

—¿En serio?

—¿Quién es? —vuelve a preguntar Ann.

—Nadie —digo tapando el auricular.

—En el café Central a las siete está bien.

—Allí nos vemos.

—Te pagaré la entrada del concierto.

—Venga ya.

Cuelgo y al darme la vuelta me sorprende el modo en que Ann se ha deslizado hasta mi espalda. Destila una hostilidad que no puede permitirse el lujo de exteriorizar.

—¿Por qué te llama? —me pregunta.

—No sé, no me lo ha dicho. Quiere pedirme un favor.

—¿Un favor?

—Ha estado de lo más misteriosa.

Ann me mira de arriba abajo. A pesar de su aspecto de niña liberal de clase media es mucho más insegura que Julia, más posesiva y, con toda probabilidad, bastante más pueril. No son solo los casi veinte años que las separan, sino una vida que debería contener algo y no contiene nada.

—¿Y tú qué vas a hacer? —me pregunta.

—Aún no estamos divorciados..., legalmente, me refiero. Igual va a proponérmelo.

—¿En serio?

—Quizá.

—Todos los casados sois iguales.

¡A qué ha venido eso! Más que hablar de su amante, parece estar hablando de un deporte, de una manía que debería erradicar de su vida, quiere herirme y por eso me reduce a la condición de trofeo en su extravagante colección de errores masculinos.

—Lo estás sacando todo de quicio.

—¿Yo-lo-estoy-sacando-de-quicio?

Entonces baja la vista hacia mi mano. Soy consciente de llevar un rato apretando esa masa de espermatozoides amorfos y sin capacidad alguna para cumplir su función.

—Anda —me dice—, tíralo. Al final lo vas a poner todo perdido.